BRINDIS

NOCHE DE SAN JORGE
BORGOÑA 20 de junio de 1987

ERNST JÜNGER

Traducción de Gabriel Favela

Señor Gran Maestro,
Estimados hermanos degustadores,

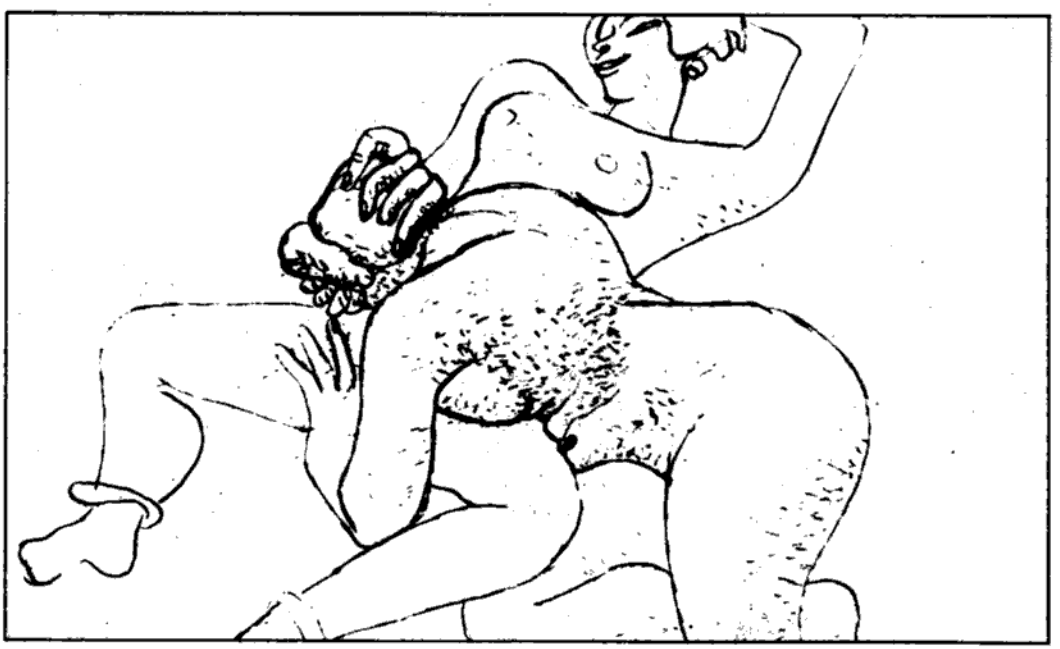
Os agradezco de todo corazón el recibimiento, que es un honor para mí, en el seno de vuestra ilustre hermandad. Acepté con mucho gusto vuestra invitación, en mi calidad de amigo del vino que me ha acompañado durante toda la vida, y además como amigo de Francia.

Sin embargo, no es ésta la única razón. Los niños alemanes ya conocen el nombre de Borgoña desde el *Cantar de los Nibelungos*, esa vasta epopeya de la época de las grandes migraciones. En efecto, la leyenda de Sigfrido se desarrolla en la corte de los reyes de Borgoña que en esos tiempos, claro está, aún no habían llegado hasta vuestra próspera región, sino que todavía radicaban en Worms, a orillas del Rhin.

Luego, en la escuela uno aprende que dos emperadores germánicos, cuyo recuerdo aún hoy sigue vivo, Federico Barbarroja y Maximiliano, llamado el último de los caballeros, se casaron con princesas de Borgoña. Es muy probable que varios toneles del mejor vino de Borgoña hayan formado parte de la magnífica dote.

El vino brinda consuelo y olvido al solitario en los momentos de tristeza; y cuando se bebe en buena compañía, con hermanos, amigos y bellas mujeres, da brillo a la fiesta. Grandes poetas, desde Anacreonte y Omar Khayyam hasta Rabelais y Baudelaire han alabado su poder maravilloso, diría yo que hasta sacramental.

Sobre todo quiero agradeceros, como buen alemán, esta noche de fiesta en el castillo del Clos Vougeot que reúne fraternalmente a numerosas naciones. Todos sabemos, y esto nos hace inmensamente felices, que el clima de las relaciones entre nuestros dos pueblos se ha suavizado en una forma prodigiosa desde la segunda guerra mundial, en gran parte gracias a los lazos de amistad entre vuestros presidentes y nuestros cancilleres: De Gaulle y Adenauer, Giscard y Schmidt, Mitterand y Kohl. Ojalá que esta velada contribuya modestamente a dicha armonía y que sirva como muestra de ella.

Desde la desaparición del imperio carolingio hemos bebido durante mil años en mesas diferentes y recíprocamente nos hemos vaciado las cavas. Como dice Goethe, si al alemán le gusta beber vinos franceses, el francés por su parte aprecia, además de los propios, los del Mosela y los del Rhin. Pero eso no basta. Entretanto, hemos descubierto el uno en casa del otro a nuestro más caro vecino. ¡Que los próximos mil años nos vean sentados alrededor de la misma mesa como grandes amigos!

En nombre de mi mujer y del mío ¡gracias una vez más!